

EL ALBA

El Heraldo de la Presencia de Cristo

SEPTIEMBRE — OCTUBRE 2012

El Plan Divino de las Edades

Este libro, una verdadera “llave para la Biblia”, enriquecerá su vida espiritual y fortalecerá su fe.

Quince estudios temáticos en un solo libro. Incluye un conveniente “Mapa de las Edades” que esboza el Plan de Dios para la humanidad.

- La Noche del Pecado en la Tierra Terminará con una Mañana de Alegría
- Existencia de un Supremo e Inteligente Creador Establecida
- La Biblia como una Revelación Divina Examinada a la Luz de la Razón
- Épocas y Dispensaciones Señaladas en el Desarrollo del Plan Divino
- “El Misterio que ha estado Encubierto por Edades y Generaciones, Mas Ahora Manifestado a Sus Santos” –Col. 1:26
- La Vuelta de Nuestro Señor – Su Objeto, la Restauración de Todas las Cosas
- El Permiso del Mal y su Relación con el Plan de Dios
- El Día de Juicio
- Rescate y Restitución
- La Naturaleza Humana y la Espiritual Separadas y Distintas
- Los Tres Caminos – El Ancho, El Angosto y La Calzada
- Explicación del Mapa que Representa el Plan de las Edades
- Los Reinos de este Mundo
- El Reino de Dios
- El Día de Jehová

EL ALBA

Vol. 27 No. 5

Septiembre-Octubre 2012

Publicada en Alemán, Español, Francés, Griego,
Inglés, Italiano, Polonés, Portugués, Rumano y
Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

EL ALBA es publicada bimestralmente por The Dawn Bible Students Association, División en español, 199 Railroad Avenue, East Rutherford, NJ 07073, U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.

Sírvase notificarnos inmediatamente su cambio de domicilio. Incluya la etiqueta de envío de su revista, e envíela juntamente con su nueva dirección.

Precio anual: US \$5.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck
Bibelstudien-Vereinigung, Alzey Str. 8
(Postfach 252), D 67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle
Almirante Brown 684, Monte Grande,
Buenos Aires

AUSTRALIA: Berean Bible Institute,
P.O. Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: Aurora, Caixa Postal 77204,
Nova Iguaçu, Rio de Janeiro, CEP
26210-970

E-mail: estudiantesdabiblia_aurorabrasil@hotmail.com

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon,
British Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín,
Antioquia

ESPAÑA: El Alba, Via S. Leonardo 21,
Octaviano 80044, Napoli, Italia

FRANCIA: Aurore, B. Boulier, 8 Rue
du Docteur Laennec, 95520, Osny

GRECIA: He Haravgi (The Dawn),
33-33 149th Street, Flushing, NY 11354
USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated
Bible Students, P.O. Box 136, Chesham
Bucks, HP5 3EB

ITALIA: Aurora, Via S. Leonardo 21,
Ottaviano 80044, Napoli

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Venga tu reino2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

La fe requiere perseverancia 14
La fe es seguridad 16
La fe es paciencia 18
La fe inspira gratitud 20
La fe requiere amor mutuo 22
El arresto de Esteban y su discurso 24
El martirio de Esteban 26
Simón quiere comprar poder 28
Felipe y el eunuco etíope 30

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Nueva Creación:
El Llamamiento de la
Nueva Creación – Parte V 32

**The Dawn
Spanish Edition
Vol. 27 No. 5 - 2012**

A menos que se indique lo contrario la traducción
de la Biblia usada en esta revista es la versión
Reina-Valera edición de 1960.

Printed in USA

Venga Tu Reino

“Aconteció que... uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar... Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”

—Lucas 11:1,2—

NO PODEMOS sobrestimar la importancia del reino y su lugar en el mensaje del plan de Dios para el mundo entero. Esto no sólo recibe la posición prominente en el Padrenuestro, sino que también ocupaba la mayor parte de la predicación de Jesús y sus discípulos. (Mat. 9:35) Muchas de las parábolas de Jesús se dieron para explicar rasgos del reino. Era el rasgo central de la predicación de Pedro, Pablo, y otros cuando hablaron con la gente.

En Hechos 2:40 leemos: “Y con otras muchas palabras [Pedro] testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación.” La mayoría de las congregaciones cristianas de hoy esperarían que su pastor les dijera, “Salvad esta perversa generación,” no dándose cuenta de que debido a los malos resultados del pecado ella es demasiado perdida para salvarse en su estado actual. Como los apóstoles de la antigüedad, nuestra preocupación no es de salvar a este “presente siglo malo” en absoluto. (Gál. 1:4) Al contrario, nuestra preocupación es por Cristo y por su reino, que las Escrituras presentan como un arreglo enteramente nuevo, ordenado por Dios, con el propósito de llevar a cabo por completo la salvación del hombre.

Con respecto a este tema, es necesario que exploremos el “que”, el “cuándo”, el “quién”, el

“dónde”, y el “cómo” del reino y de su operación. Para hacerlo correctamente, y si tenemos fe en la promesa de las palabras del Padrenuestro, “Venga tu reino,” primero debemos dejar de lado los credos, las tradiciones, y las filosofías humanas. Sólo al examinar el testimonio bíblico acerca del reino podemos explorar este tema con la certeza contenida en la Palabra de Dios.

¿CUÁL ES EL REINO Y CUÁL ES SU PROPÓSITO?

En breve, el reino es el arreglo de Dios que permitirá a la humanidad desobediente volver a su favor, a la perfección de ser, y a la vida eterna. El diccionario define la palabra “reino” como un estado o gobierno que tiene un rey o una reina como su cabeza. En Génesis, el primer libro de la Biblia, se nos describe un reino diseñado para el beneficio del hombre, y también los acontecimientos que demuestran cómo se quitó aquel arreglo. En el Apocalipsis, el último libro de la Biblia, se nos describe la restauración del reino de Dios y cómo se bendecirá la humanidad.

La desobediencia de nuestros primeros padres no sólo significó que no habría más bendiciones, sino que también significó la muerte. “Porque así como en Adán todos mueren.” (1 Cor. 15:22) La Biblia promete que las bendiciones no sólo se extenderán a todos los que estén bajo el nuevo arreglo del reino, sino que también hasta se desaparecerá la maldición de la muerte en sí: “Porque preciso es que él [el rey] reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte.” —vss. 25,26

Aunque fue la desobediencia de Adán y Eva que puso fin a aquel primer reino establecido por Dios, la

prole de nuestros primeros padres no han sido menos desobediente. Pablo nos dice que “Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.” (Rom. 3:23) Esto claramente se refiere a todos los seres humanos. Hay otros, también, quienes la Biblia dice que han sido desobedientes. “Ciertamente si Dios no se contuvo de castigar a los ángeles que pecaron, sino que, al echarlos en el Tártaro [“encarcelados”: definición de Strong], los entregó a hoyos de densa oscuridad para que fueran reservados para juicio.” (2 Ped. 2:4, Traducción del Nuevo Mundo) El reino está diseñado expresamente para traer a toda la creación inteligente en el universo en armonía con Dios de nuevo.

¿CUÁNDO VENDRÁ “EL REINO”?

El reino de Dios llegará después de que se destruya el reino actual de Satanás. No hay duda de que el reino actual no es de Dios. Considere la tentación de Jesús en el desierto: “Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.” (Mat. 4:8-10) Note que Jesús no negó la aseveración de Satanás en cuanto a gobernar sobre los reinos del mundo. De hecho, Jesús sabía que Satanás era “el príncipe de este mundo.” —Juan 14:30

La pregunta permanece: **¿cuándo** establecerá Dios su reino? Daniel, en el segundo capítulo de su profecía, interpretó un sueño para el rey Nabucodonosor. En el sueño el rey había visto una gran imagen consistiendo de varios metales. Daniel dijo a Nabucodonosor que su reino fue representado por la cabeza de oro, y que otros reinos se levantarían posteriormente. Además, Daniel dijo que después del

fin de estos reinos, se establecería el reino de Dios. “Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre.” (Dan. 2:44) Hemos visto que todos los reinos representados por esta gran imagen vienen y se van. Sus días de gloria han terminado, y su fragmentación hasta el punto de la destrucción final continúa ante nuestra vista. El reino de Dios es el próximo que llegará a la escena, y como dice Daniel, éste nunca será destruido.

En Sofonías 3:8-9 leemos: “Por tanto, esperadme, dice Jehová, hasta el día que me levante para juzgaros; porque mi determinación es reunir las naciones, juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi enojo, todo el ardor de mi ira; por el fuego de mi celo será consumida toda la tierra. En aquel tiempo devolveré yo a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el nombre de Jehová, para que le sirvan de común consentimiento.” La reunión de las naciones, mencionadas aquí por el profeta, continúa delante de nuestros propios ojos. No será mucho tiempo hasta que el “fuego” del último gran conflicto mundial de la tierra destruya todos los arreglos del hombre y el reino actual de Satanás. Sin embargo, es menester que notemos aquí que la tierra en sí no será destruida. Después de que se acabe esta batalla final, dice el profeta, los pueblos comenzarán a disfrutarse de los beneficios del reino de Dios.

¿QUIÉN ADMINISTRARÁ EL REINO DE DIOS?

Es el arreglo de Dios de que su reino sea administrado por su hijo, Cristo Jesús, y la Iglesia glorificada. La obra del reino y específicamente el papel de un administrador principal está descrito por el

salmista: “Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra. Todos los reyes se postrarán delante de él; todas las naciones le servirán... Benditas serán en él todas las naciones; lo llamarán bienaventurado.” (Sal. 72:8,11,17) Sin importar cuán hermosas que sean las palabras del Salmista, no se dice quién es “Él”. No obstante, no hay ningún misterio ya que cuando nos dirigimos al Nuevo Testamento, encontramos estas palabras: “En el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” —Fil. 2:10,11

La administración del reino de Dios no es sólo mediante Jesucristo, aunque él sea el que se menciona específicamente. Las Escrituras también demuestran que su Iglesia verdadera es tan estrechamente vinculada con él que se nos da la figura de Jesucristo como **la cabeza** de la Iglesia, que es su **cuerpo**. Esta figura es maravillosamente relatada por Pablo al fin del quinto capítulo de Efesios, cuando él escribe acerca del amor que debería existir entre un marido y su mujer. “Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador.... Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella... somos miembros de su cuerpo... Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.” (Ef. 5:23,25,30,32) Estos versículos explican que Cristo comparte la administración del reino con su Iglesia, como un marido comparte cosas con su esposa. Siendo una parte de Cristo, la Iglesia hereda lo que es suyo. “Y si vosotros sois de Cristo [pertenecéis a Cristo], ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.” —Gál. 3:29

¿DÓNDE ESTARÁ EL REINO?

El reino de Dios estará en la tierra y en los cielos. Los estudiantes sinceros de la Biblia muchas veces usan la frase “dos fases del reino,” significando que el reino consiste en dos partes, la celestial y la terrenal. Jesús alude a esta verdad en las últimas palabras de nuestra escritura temática. Pero, muchos de nuestros amigos cristianos creen sólo en un reino celestial, y esperan que estén allí cuando mueran.

Desde luego hay promesas celestiales, pero hay también bendiciones terrenales prometidas a la humanidad. Los aspectos duales del reino de Dios se describen bien en estas palabras de Pablo: “Nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según el beneplácito que se propuso en El, con miras a una *buena* administración en el cumplimiento de los tiempos, *es decir*, de reunir todas las cosas en Cristo, *tanto las que están en los cielos, como las que están en la tierra.*” (Ef. 1:9,10, La Biblia de las Américas) Note que Pablo menciona específicamente que es el propósito de Dios de restaurar a la creación tanto en los cielos como en la tierra bajo la jefatura de Cristo.

Sin embargo, examinemos más estrechamente la fase terrenal del reino. Al hacerlo, vemos que las Escrituras contienen promesas al mundo de una naturaleza terrenal, que se cumplirán durante la operación del reino. Entre éstas son las palabras proféticas del salmista y del profeta Isaías: “Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz. Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella.” “Luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia.” (Sal. 37:11,29; Is. 26:9) ¿Quiénes son “los moradores del mundo?” ¿Son ellos los únicos bienafortunados que estarán vivos cuando Cristo

establezca el reino? Tal no puede ser el caso, ya que sería una farsa de los atributos de Dios de justicia y de amor. Los moradores de la tierra mencionados por el profeta son, de hecho, todos los que han vivido alguna vez. Esto significa que todos los muertos tendrán que ser resucitados.

Si algunos lo encuentren difícil creer que habrá una resurrección de todos los muertos, ellos no son los únicos. Pablo preguntó a los gobernantes de su día: “¿Se juzga entre vosotros cosa increíble que Dios resucite a los muertos?” (Hechos 26:8) A través de los siglos, debido al engaño del Adversario, la humanidad lo ha encontrado generalmente mucho más fácil creer que aquellos que mueren siguen viviendo en otro lugar en vez de creer que están muertos realmente, y serán reanimados algún día por el poder de Dios. Antes en el libro de Hechos Pablo proclama que creía en una resurrección de abarcadura total, y que esta fue proféticamente predicha en la ley y por los profetas. “Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas; teniendo esperanza en Dios... de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.” —Hechos 24:14,15

En efecto, si no hay ninguna resurrección de los muertos, tenemos muchos problemas en tratar de armonizar tal pensamiento con las Escrituras. Un ejemplo es la declaración hecha por Esteban en cuanto a Abrahán: “Y no le [a Abrahán] dio [Dios] herencia en ella [la tierra prometida], ni aun para asentar un pie; pero le prometió que se la daría en posesión, y a su descendencia después de él, cuando él aún no tenía hijo.” (Hechos 7:5) Ya que sabemos que las promesas de Dios están seguras, debemos concluir que Abrahán regresará de los muertos, si no, ¿cómo pueda recibir la

tierra como una “posesión?”

Un razonamiento similar fue empleado por Jesús cuando demostró a los saduceos que habría una resurrección. “Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.” (Lucas 20:37,38) Abrahán, Isaac, y Jacob estaban muertos hace mucho tiempo cuando Dios habló a Moisés en medio de la zarza ardiente. Si, como dice este pasaje, Jehová aún fuera su Dios en los días de Moisés, la conclusión debe ser que algún día se harán vivos por medio de una resurrección de la muerte.

Una razón por la cual el concepto de una resurrección de entre los muertos es difícil de entender para la gente es que muchos creen que la tierra no es bastante grande para sostener a todo el mundo. A menudo hemos escuchado el término “explosión demográfica,” y en efecto la población total de la tierra alcanzó 7 mil millones por primera vez a finales de 2011. Siendo esto el caso, ¿cómo podría la tierra acomodar la resurrección de cada persona que jamás haya vivido, y cuántos podrían ser? La Oficina de Referencia Demográfica (prb.org) dice que esta es una de las preguntas que reciben con más frecuencia. En un informe publicado por primera vez en 1995, ellos explican cuán difícil es de estimar tal número. Sin embargo, hacen conjeturas educadas basadas en muchos factores, y recientemente llegaron a esta cantidad: 108 mil millones de nacimientos hasta 2011.

Hoy en día la tierra es el hogar de un poco más de 7 mil millones de personas. Esto significa que aproximadamente el 6.5 % de todas las personas que han vivido en este planeta aún están vivos hoy. Así que si Dios resucitara a todos aquellos de la humanidad

que han muerto, tendríamos más de quince veces más personas que actualmente viven en la tierra. ¿Cómo es posible que la tierra acomode tanta gente?

Los Estados Unidos ocupan más de 3.5 millones de millas cuadradas de la tierra. En el barrio de Nueva York de Manhattan, la gente tiene para sí un promedio de 41 yardas cuadradas de espacio vital, asumiendo que todos vivieran en el nivel de la tierra. En aquella densidad, esto requeriría que menos de la mitad del área de la tierra de los Estados Unidos acomodara a las 108 mil millones de personas. Aunque tal densidad típicamente no es deseable a muchos, vale la pena de recordar que, en este ejemplo, estamos hablando de poner a todas estas personas en menos de una mitad del área de la tierra de los Estados Unidos. Esto asciende a menos del 1% del área total de la tierra del planeta. Aquellos que han volado extensivamente saben que hay áreas enormes de la tierra que están deshabitadas, sin población alguna. Las Escrituras nos aseguran que el plan de Dios está diseñado para bendecir a toda la humanidad, y aunque algunos puedan dudarse, no habrá ninguna falta en el reino de Dios en cuanto a la gente teniendo bastante espacio para vivir cómodamente.

Disponiendo de comida suficiente para alimentar a tanta gente puede parecer un problema insuperable en resucitar a todos. Sin embargo, este pensamiento equivocadamente asume que el mismo Dios que dio alimento al Israel de la antigüedad durante cuarenta años en el desierto no será capaz de proporcionar la alimentación de toda la humanidad en el reino. “¿Acaso se ha acortado la mano de Jehová?” (Num. 11:23) Seguramente el gran Dios del universo será bien capaz de suministrar las condiciones y los recursos necesarios para alimentar a toda la humanidad en su Reino.

¿CÓMO FUNCIONARÁ EL REINO?

El reino funcionará bajo la justa gobernación celestial de Cristo y de su iglesia. Bajo aquella autoridad celestial, la fase terrenal del reino funcionará por medio de representantes humanos especialmente seleccionados. Todo se llevará a cabo bajo los principios de justicia, y la operación del reino destruirá finalmente todos los elementos opuestos.

El salmo 45 es profético en este aspecto. Allí leemos una descripción del rey—Cristo Jesús—y una mujer revestida del oro fino—la Iglesia. Este salmo también habla de otro grupo: “En lugar de tus padres serán tus hijos, a quienes harás príncipes en toda la tierra.” (Sal. 45:16) Los “padres” desde el punto de vista judío eran todos sus antepasados, en particular aquellos que eran los más justos. A veces nos referimos a éstos como “patriarcas” o “antiguos dignos.” Esto simplemente significa que vivieron en la antigüedad y se consideraron dignos del favor especial de Dios debido a su fe. El salmo 45 dice en lenguaje profético que estos “padres” fieles serán príncipes en toda la tierra en el reino de Dios.

La fidelidad de éstos es atestiguada en el libro de Hebreos. “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.” (Heb. 11:39,40) Aquella “cosa mejor” es la recompensa celestial prometida a la Iglesia, los seguidores asidos de Cristo de la actual Edad Evangélica. Estos antiguos dignos fieles también serán recompensados, siendo nombrados como los representantes terrenales del reino—“príncipes en toda la tierra.”

El modo de operaciones del reino será uno de

justicia según otro salmo: “Florecerá en sus días justicia, y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna.” (Sal. 72:7) El concepto de tranquilidad también está descrito por el profeta Isaías: “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar.” —Is. 11:9

Es fácil enfatizar estos aspectos positivos del reino. No obstante, también se nos dice que todos los elementos opuestos serán destruidos. “Y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo.” (Hechos 3:23) En la conclusión de la parábola de Jesús sobre las ovejas y las cabras, leemos acerca del último fin de aquellos que, después de habérseles dado amplio tiempo para reformarse y llegar a la justicia, fallan de hacerlo y son juzgados indignos de la vida perpetua en el reino. Comparando esto con la separación de las cabras de las ovejas, aquellos que no aprenden la justicia se pondrán a la izquierda: “E irán éstos al castigo [griego: cortamiento] eterno, y los justos a la vida eterna.” —Mat. 25:46

PENSAMIENTOS DE CONCLUSIÓN

Hemos examinado aquí muchos de los rasgos del reino venidero y cómo esto causará la bendición de toda la humanidad. Hemos considerado algunas preguntas básicas y hemos ofrecido respuestas conforme a las Escrituras:

¿CUÁL es el reino y cuál es su propósito? El reino es el arreglo de Dios que permite a la humanidad volver a su favor, a la perfección, y a la vida eterna.

¿CUÁNDO llegará el reino? El reino de Dios llegará después de que se destruya el reino actual de Satanás.

¿QUIÉN administra el reino? El reino será administrado por el hijo de Dios, Cristo Jesús, y la

Iglesia glorificada.

¿DÓNDE estará el reino? El reino estará en la tierra y en los cielos.

¿CÓMO funcionará el reino? El reino funcionará bajo la justa gobernación celestial de Cristo y de su Iglesia. Bajo aquella autoridad celestial, la fase terrenal del reino obrará por medio de representantes humanos especialmente seleccionados. Todo se llevará a cabo bajo los principios de justicia, y la operación del reino destruirá finalmente todos los elementos opuestos.

Es el deseo y el plan de Dios que la humanidad sea perfecta y viva para siempre. Esto es exactamente lo que las Escrituras prometen que sucederá mediante el arreglo del reino. Aunque la parábola de las ovejas y las cabras describa la destrucción de todos los indignos, ella también nos habla de la bienvenida entusiástica de aquellos que lleguen a ser justos. “Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.” (Mat. 25:34) Dios ha prometido un día glorioso. ¡Por el ojo de fe lo vemos acercarse!

La Fe Requiere Perseverancia

Versículo Clave:
“Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.”
—Heb. 10:23

Escritura Seleccionada:
Heb. 10:19-31

A MEDIDA QUE progresamos en la escuela de Cristo y meditamos sobre las experiencias de la vida, tanto las alegrías como los dolores, deberíamos hacernos más fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza, deseando cada vez

más servirle en espíritu y en verdad. (Juan 4:23) En nuestra lección, es evidente que Pablo fue motivado por el mensaje de la Palabra de Dios, que le dio la paz interior, y que era la base de su relación con el Padre Celestial por Cristo. Tenemos los mismos favores de Dios, las mismas promesas de Dios, las mismas esperanzas inspiradoras que tenían Jesús y los apóstoles. El hombre interior de Pablo tenía la seguridad del Señor de que las glorias del futuro serían proporcionadas a las pruebas del presente, fielmente aguantadas. También deberíamos cifrar nuestra confianza en el Señor firme hasta el fin. “Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio.” —Heb. 3:14

Nuestro deseo debería ser que sigamos sirviendo a Dios con todo nuestro corazón. “Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.” (1 Ped. 5:7-10) Todos los que están en la escuela de Cristo deben llegar a apreciar que las pruebas del presente, y aquellas aún por sobrevenir, son manifestaciones del favor divino. Por esta razón, la atracción

de este mundo no es para aquellos que se esfuerzan por andar en los pasos del Señor, y se debe resistir sus tentaciones. (1 Cor. 1:27,28; Lucas 16:13) Debemos dar gracias a Dios nuestro Padre que nos ha llamado “de las tinieblas a su luz admirable.” (1 Ped. 2:9) También debemos estar agradecidos de que nos ha preservado cada día, nos ha prevenido caerse y nos ha protegido del mal. —Juan 17:15

Tendremos muchas pruebas para demostrar el grado de nuestra lealtad hacia Dios. Éstas vendrán continuamente a lo largo de nuestro camino cristiano. Por lo tanto, debemos retener la verdad gloriosa no sólo de la letra—en palabras y acciones—sino también en espíritu—en carácter y disposición. En esto será manifestado el nivel de nuestro amor por la verdad. Una parte importante de nuestra perseverancia es la de desplegar la actitud humilde registrada en las palabras de Pablo acerca de sí mismo: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.” (Fil. 3:13,14) Debemos enfocar nuestra energía en las cosas que nos llevarán más cerca a Dios. Esto incluye esfuerzos por mantener nuestros corazones y mentes llenos de las gemas preciosas encontradas en la Santa Palabra de Dios. “Todo lo que es verdadero,... honesto,... justo,... puro,... amable,... de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.” —Fil. 4:8

Una consideración de la importancia de perseverancia no es completa sin mencionar el papel del gran privilegio de la oración. “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.” (Ef. 6:18) Un hijo de Dios debe tener una vida de oración activa que incluye oraciones por ayuda y guía, y velando con una determinación de ser fiel a Dios en todas las cosas.

La Fe es Seguridad

Versículo Clave: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” —Heb. 11:1

Escritura Seleccionada: Heb. 11:1-3,6; Salmos 46:1-3,8-11

QUIZÁS PUDIÉRAMOS parafrasear este versículo de Hebreos 11:1 de la siguiente manera: “La fe es la base de, y pruebas de, nuestras convicciones acerca de las cosas esperadas así como para

las cosas invisibles, basadas en las promesas seguras de la Palabra de Dios.” La fe es una verdadera sustancia, una sustancia mental, por decirlo así, que estimula y clarifica la mente del hijo de Dios. La esencia de fe radica en la recepción de lo que Dios nos ha revelado por su Palabra. Además, se la puede definir como la confianza completa en el Dios de las Escrituras, y en Jesucristo a quien ha enviado. Tal fe debería obligarnos a amar la obediencia, así como a emprender las buenas obras. (Ef. 2:10; Mat. 5:16; Stg. 2:14-26). En efecto, nuestra fe personal es la misma base de nuestra posición ante Dios, desde el principio de nuestro andar hasta la muerte. La confianza personal que tenemos en Dios, de día en día, es uno de los medios principales por los cuales obtendremos la salvación. Esta fe está centrada en nuestro Señor Jesucristo, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.” —Rom. 4:24,25

Nuestro andar por fe comenzó cuando, con los primeros elementos de confianza y creencia en Dios, vimos su carácter, y aquel de su hijo amado, aunque sólo en una medida limitada. Gradualmente, a medida que fuimos llevados más cerca a Dios, fuimos privilegiados a conocer más de él, crecer en aprecio por su maravilloso plan, plantando nuestros pies en la tierra sólida de la verdad. (Ef. 3:17-19) Estos elementos de la fe son tan importantes que se nos dice en Hebreos 11:6, “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.”

Como definido antes, la fe da “sustancia” a las cosas de la Palabra de Dios para los seguidores asidos del Señor—cosas que se esconden del hombre natural. La fe lo hace posible que el pueblo de Dios actúe de acuerdo con sus convicciones, sabiendo que están basadas en la realidad y la verdad de las Escrituras. La fe es también un elemento integral en la oración. “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye.” (1 Juan 5:14) En breve, la fe es el principio motivador principal en las vidas del pueblo consagrado del Señor.

Para ayudarnos a mantener nuestra fe, el Señor nos ha dado “preciosas y grandísimas promesas” en su palabra. (2 Ped. 1:4) Una de las más preciosas de éstas es: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.” (Apoc. 2:10) Otra maravillosa promesa de nuestra salvación se revela en las palabras, “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino.” (Lucas 12:32) Se nos anima con las palabras, “Si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído... A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.” —Col. 1:23,27

Hemos sido privilegiados de saber los misterios de Dios. Estas verdades, dijo Jesús a sus discípulos, “os hará[n] libres.” (Juan 8:32) Los planes y propósitos de Dios han sido revelados a sus seguidores fieles, incluso el misterio de la Iglesia verdadera, por el poder iluminador de su Espíritu Santo. Los miembros de la Iglesia, un “rebaño pequeño,” actualmente están siendo seleccionados, cincelados, y moldeados sin el sonido de un martillo—desapercibido por el mundo. (1 Reyes 6:7) Pedro dice, “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.” (1 Ped. 2:5) Por lo tanto, con la sustancia y las evidencias de la Palabra de Dios, andemos en “plena certidumbre de fe.” —Heb. 10:22

La Fe es Paciencia

Versículo Clave: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.”
—Heb. 12:1-2

Escritura Seleccionada:
Heb. 12:1-11

EN LOS VERSÍCULOS claves de nuestra lección vemos que el Apóstol Pablo nos exhorta a examinar las experiencias de una “gran nube de testigos,” aquellos “Antiguos Dignos,” que vivieron antes del primer advenimiento de Jesús. Debemos considerar lo que soportaron y cuán fieles y leales eran a Dios. Tan grande era su confianza en Dios que también han llegado a conocerse como

“Héroes de la Fe.” —Heb. 11:4-39

Aunque estos beneméritos de la antigüedad poseían gran fe, se nos dice que “no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.” (Heb. 11:39,40) Sin embargo, debemos sacar inspiración de su ejemplo a fin de que podamos seguir esforzándonos por el mayor logro de fe posible en la carrera cristiana.

Se necesita mucha paciencia con respecto a nuestra fe. La carrera es larga, el camino es estrecho, y el curso es ascendente y difícil. Pablo nos recuerda de esto, pero también indica que la paciencia requerida del hijo de Dios es realmente una “leve tribulación.” “Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas

que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.” —2 Cor. 4:16-18

La Iglesia será el templo de Dios, perfecta en el plano divino, y recipientes de la naturaleza divina. El glorificado Jesús ha prometido: “Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios.” (Apoc. 3:12) Por lo tanto, cada miembro en perspectiva de este templo, engendrado como una nueva criatura en Cristo, debe tener el Espíritu Santo de Dios morando en su corazón y mente en este momento. Así, podemos tener la paz de Dios residiendo en nosotros aun cuando soportamos pruebas y experiencias difíciles del camino estrecho.

Examinemos ahora un versículo importante de nuestra Escritura seleccionada. “Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.” (Heb. 12:3) Nuestra mente es el campo de batalla especial para cada uno de nosotros debido a la resistencia de la carne en cuanto al sacrificio, y su tendencia de “cansarse” y “desmayar.” Esta voluntad caída y débil de la carne, el “viejo hombre,” está en conflicto constante con la voluntad del “nuevo hombre,” la nueva mente. La clave a la victoria de la nueva criatura sobre la vieja carne se puede encontrar en estudiar, entender, y apreciar el curso de nuestro Señor, su ejemplo y enseñanzas, y luego seguir tan estrechamente como posible sus pasos.

Debemos regocijarnos que nuestro Señor Jesús nos ha invitado a andar en sus pasos, y perseverar como él. En esta copa de pruebas, ensayos, y hasta persecución, Dios también ha mezclado las alegrías de nuestra futura esperanza. Así, podemos repetir estas palabras: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan,... Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos.” —Mat. 5:11,12

La Fe Inspira Gratitud

Versículo Clave: “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia.”

—Heb. 12:28

Escritura Seleccionada:

Heb. 12:18-29

SIEMPRE DEBEMOS ESTAR agradecidos a nuestro Padre Celestial, pues debemos nuestro todo a él por medio de su Hijo unigénito, Cristo Jesús. Todas las cosas son del Padre, y por el Hijo. (1 Cor. 8:6) Recordamos las palabras de Pablo: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es

templo del Espíritu Santo,... y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados [y pagados] por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” (1 Cor. 6:19,20) Nuestro entendimiento de esto nos muestra que nuestro tiempo, talentos, influencia, medios, y todo lo que pudiéramos considerar precioso, o en cualquier apropiado grado valioso, pertenece al Señor, hasta la vida en sí.

Nuestro Padre Celestial tiene cuidado de nosotros y nos ama mucho. Todas las cosas puras, encantadoras, y verdaderas provienen del “Padre de las luces” (Santiago 1:17) y nos llegan por el Señor Jesús. Dios está preocupado por, y acerca de, hasta los asuntos más pequeños de nuestra vida. Le agrada supervisar por medio de su providencia divina todo con lo que estamos envueltos. Nuestra fe y confianza en Dios deben hacer que estemos conscientes siempre del privilegio de acercarnos a él mediante nuestro Señor y Maestro para ayuda y estímulo, consuelo, consolación, guía, y descanso. “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” (Mat. 11:28; Sal. 29:11; 36:5,7) “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia [o he manifestado mi bondad para contigo].” (Jer. 31:3) Nuestra fe debe inspirar la gratitud del corazón, y engendrar dentro de nosotros la paz y el descanso en Jehová, sabiendo que él es fuerte y poderoso hacia nosotros. “Jehová dará poder a su pueblo; Jehová bendecirá a

su pueblo con paz.”—Sal. 29:11

Con gratitud nos damos cuenta de que Cristo Jesús es nuestro amigo celestial, y nuestro consolador. Su carácter está en tanta armonía con aquel del Padre Celestial que el Apóstol Pablo se refiere a él como “el resplandor de su gloria [la de Dios], y la imagen misma de su sustancia [la de Dios].” (Heb. 1:3) Lo que hemos llegado a saber y apreciar de nuestro amigo celestial, y nuestra fe en él, nos ha llegado por medio del poder iluminador y la influencia del Espíritu Santo. Nuestra profundidad de fe nos obliga a seguir el ejemplo del Apóstol Pablo cuando se declaró un imitador de Cristo. (1 Cor. 11:1; Ef. 5:1,2) Imitando los rasgos de carácter y la disposición de Cristo llevará al seguidor asido del Maestro a ser una humilde, cariñosa, y bondadosa persona como era él. “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.” (1 Pedro 5:6,7) Cada día que tengamos el privilegio de andar en el camino estrecho, nuestra actitud debería ser como se expresa en las palabras del Salmo 116:12-14: “¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo? Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre de Jehová. Ahora pagaré mis votos a Jehová delante de todo su pueblo.”

Como hijos fieles de Dios, debemos estar agradecidos siempre a nuestro Padre por su cuidado providencial y anulación en todos los aspectos de nuestras vidas. También debemos darnos cuenta por medio del ojo de fe de que él tiene todo bajo control y que todo está en acuerdo completo con su maravilloso plan. Esto debe inspirar a todos nosotros a esforzarnos por cumplir con nuestros votos de consagración, aun hasta la muerte, sabiendo que si somos fieles recibiremos la gloria, la honra, y la inmortalidad. (Rom. 2:7) Confiando en él completamente, como participantes de su gracia, podemos decir realmente, “¡Gracias a Dios por su don inefable!” —2 Cor. 9:15

La Fe Requiere Amor Mutuo

Versículo Clave: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza, y la caridad, estas tres: empero la mayor de ellas es la caridad.”

—1 Cor. 13:13 (RV1909)

Escritura Seleccionada:

Heb. 13:1-3; 1 Cor. 13

LA PALABRA “CARIDAD”, como usada en nuestra lección, es más correctamente traducida “amor”. El amor puede definirse y expresarse desde muchos puntos de vista. Puede ser una disposición de buena voluntad para con los hombres. Puede ser

demostrado por un acto desinteresado de bondad. El amor puede motivar a una persona a dar un donativo a una causa caritativa, deseando que su don pueda ser de alguna ventaja para los necesitados. Nuestro Versículo Clave es la conclusión de un discurso hermoso acerca de amor en el cual el Apóstol Pablo expone la naturaleza de amor. “La caridad [el amor] es sufrida, es benigna; la caridad [el amor] no tiene envidia, la caridad [el amor] no hace sinrazón, no se ensancha;... no piensa el mal.” (1 Cor. 13:4,5). Además, Pablo nos señala que el amor “No se huelga de la injusticia, mas se huelga de la verdad; Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca deja de ser.” —vss. 6-8

¿Cuán importante es la calidad de caridad, o amor? Se nos dice en 2 Corintios 9:7 que “Dios ama el dador alegre.” Esto nos indica lo que nuestra disposición debería ser cada día y cuán diligentes deberíamos estar en “cautiva[r] todo intento á la obediencia, de Cristo.” (2 Cor. 10:5) Debemos esforzarnos tanto como posible por mantener nuestros corazones llenos del amor, pues al hacerlo habrá poco espacio para los malos pensamientos y conjeturas para con otros. El que desea ser un hijo fiel de Dios debe darse cuenta de que la lealtad de corazón al Padre Celestial requiere mucho esfuerzo. Pablo nos dice que los cristianos deben “procur[ar] gobernarse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles á los hombres.” (Tit. 3:8) El amor es nuestro deber principal y perpetuo, y es el total y la culminación del

desarrollo de los frutos de la santidad. “Sed santos, porque yo soy santo.” (1 Ped. 1:16) También debemos tener en nuestros corazones y en nuestras mentes la motivación para “dejar que el amor fraternal permanezca.” (Heb. 13:1) “Honrad á todos. Amad la fraternidad.” (1 Ped. 2:17) Para complacer a Dios, debemos desear conformarnos a su voluntad para nosotros, de modo que nuestros corazones puedan hacerse aun más ricos en las calidades de fe, esperanza, y amor. Cuando nuestros corazones se enriquecen en estas cosas, esto conduce a la comprensión de que deberíamos actuar de acuerdo con este deseo de corazón, y manifestar el amor, la bondad, y la consideración para con todos. “Así que, entre tanto que tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á los domésticos de la fe.” “En todo tiempo ama el amigo.” —Gál. 6:10; Prov. 17:17

Mientras hemos estudiado la fe en las lecciones de este mes, hemos concluido la serie que considera la importancia del amor. Nuestro Versículo Clave de 1 Corintios 13:13 también sigue este orden, comenzando con la fe y terminando con la caridad, o amor. Esto nos muestra que cada aspecto de ser agradable a Dios debe incluir el amor. Una parte importante de nuestra fe en Dios es la calidad de corazón de confiar en él, que sólo puede ser adquirida por el conocimiento de su carácter como revelado por el Espíritu Santo. Este conocimiento hace que le amemos sumamente. Como seguidores asidos de Jesús, hemos sido llamados a filiación con Dios, y tenemos la oportunidad ahora de desarrollar totalmente la calidad de amor en nuestros corazones y mentes. Este desarrollo de un corazón amoroso, basado en nuestra fe en Dios, se revela en estas palabras de nuestro Señor y Maestro Jesús: “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente. Este es el primero y el grande mandamiento. Y el segundo es semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á ti mismo.” “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos á otros: como os he amado, que también os améis los unos á los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.” —Mat. 22:37-39; Juan 13:34,35

El Arresto de Esteban y su Discurso

Versículo Clave: “Y Esteban,
lleno de gracia y de poder,
hacía grandes prodigios y
señales entre el pueblo.”
—Hechos 6:8

Escritura Seleccionada:
Hechos 6:8-7:50

A MEDIDA QUE CRECÍA
la iglesia cristiana primitiva,
los apóstoles lo encontraban
necesario seleccionar a
ciertos varones para servir
como diáconos. Se les dio la
responsabilidad de supervisar

la parte pastoral de la obra. Siete varones fueron elegidos como diáconos, inclusive a Esteban. (Hechos 6:5) Aunque el papel principal de los diáconos fuera el trabajo pastoral, ellos también se aprovecharon de las oportunidades que se les presentaron para esparcir el mensaje de verdad. De hecho, los apóstoles habían impuesto sus manos sobre ellos (vs. 6), otorgándoles los dones del Espíritu Santo.

En nuestro Versículo Clave, se nos dice que Esteban tenía mucha fe, y usaba el poder del Espíritu Santo para hacer “grandes prodigios y señales entre el pueblo.” Una de las habilidades especiales que tenía Esteban sin duda, por medio del Espíritu Santo, era la de hablar al pueblo de una manera muy convincente. Algunos en la sinagoga, que comenzaron a disputar su mensaje, encontraron que eran incapaces de “resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba.” (vs. 10) Encontraron a hombres que consintieron en agitar deliberadamente a la gente, y también actuar como testigos falsos contra Esteban, acusándolo de blasfemia. Le detuvieron y le trajeron al concilio. —vss. 11-14

El sumo sacerdote exigió que Esteban defienda lo que había estado predicando. Hechos 7:2-50 nos da el relato de su defensa al concilio, y ¡qué defensa era! Esteban, comenzando con Abrahán, habló del trato de

Dios con sus antepasados. Él habló de Isaac, Jacob, José, y cómo Dios les dio la promesa de una herencia por medio de una futura simiente. Él habló de cómo los hermanos de José lo vendieron como esclavo egipcio, pero que toda esta experiencia fue anulada por Dios para la ventaja de Israel. Esteban siguió mencionando cómo, mientras estuvieron en Egipto, los israelitas se multiplicaron, y cuando llegó el tiempo apropiado, él levantó a Moisés como su libertador de la esclavitud y del Faraón “que no conocía a José.”

Una de las lecciones importantes que Esteban mencionó fue cómo los israelitas en muchas ocasiones rehusaban seguir las instrucciones que Dios les había dado mediante su líder Moisés. Él les recordó que Moisés habló de otro profeta que Dios “os levantará de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis.” (vs. 37) Esta declaración preocupaba en particular al concilio, porque conocían a Esteban y otros habían estado predicando que Jesús era aquel “profeta... como a mí” predicho por Moisés. Esteban siguió hablando, sin embargo, relatando los varios modos en los cuales los israelitas habían sido desobedientes a Dios, aunque los había proporcionado un tabernáculo, y más tarde un templo, en el cual podían adorar y ofrecer sacrificios.

A medida que Esteban concluía su discurso, él recordó al concilio de que, en realidad, Dios no se encuentra en templos o edificios literales. Citando el profeta Isaías, Esteban dijo: “El Altísimo no habita en templos hechos de mano,... El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo?” —vss. 48,49

El Martirio de Esteban

Versículo Clave: “Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu.” —Hechos 7:59

Escritura Seleccionada:
Hechos 7:51-8:2

CUANDO ESTEBAN terminó su discurso al concilio judío, él confiadamente les preguntó por qué resistieron a los arreglos de Dios justo como sus antepasados habían resistido a Moisés y los

profetas. Él dijo: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis.” —Hechos 7:51-53

La reacción del concilio a las palabras de Esteban era la de cólera extrema. “Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él.” (vs. 54) La frase “se enfurecían en sus corazones” tiene el sentido de ser “aserrados,” o de estar “exasperados” en su corazón, el centro de sus motivaciones y carácter. Este efecto “cortante” de la palabra de verdad nos recuerda de las palabras de Pablo en Hebreos 4:12, “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.” Que verdadero era que las malas intenciones de sus corazones estaban expuestas completamente ahora contra Esteban, aunque sólo les había hablado la verdad de la Palabra de Dios.

A medida que la cólera de los líderes judíos alcanzaba un punto culminante, Esteban se tranquilizó. El

relato dice que él puso los ojos en el cielo y vio, en una visión, “la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios.” Entonces él declaró a los que estaban reunidos, “He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.” (Hechos 7:55,56) Esta visión calmó y consoló a Esteban demostrándole que Dios estuvo contento con el testimonio que había dado. Tal consuelo fue proporcionado justo al tiempo apropiado, porque inmediatamente después los judíos, “dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon.” —vss. 57,58

El pensamiento de nuestro Versículo Clave, como traducido y puntuado en la versión del Rey Jacobo, no es que aquellos que apedrearon a Esteban estaban invocando a Dios, como lo pudiera sugerir una lectura superficial. Más bien, es patente del versículo entero, que Esteban era el que invocó a Dios, y le pidió que recibiera su espíritu, su aliento de vida. Finalmente, tenemos las últimas palabras de Esteban, tipificando un carácter totalmente desarrollado con el amor de Cristo y el perdón, declaradas con gran voz, para que todos pudieran oír: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió.” —vs. 60

De todos los que atestiguaron esta experiencia, ninguno fue afectado tanto como Saulo, que en aquel tiempo “consentía en su muerte.” (8:1) Su consentimiento fue demostrado por el hecho de que los testigos habían puesto su ropa a los pies de él. (7:58) La actitud indulgente manifestada por Esteban en sus palabras finales a medida que le apedreaban posiblemente fue anulada por Dios específicamente para ser escuchada por este joven, Saulo, que poco después se convirtió y se hizo “el Apóstol a los Gentiles.”

Simón Quiere Comprar Poder

Versículo Clave: “*Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero.*” —Hechos 8:18

Escritura Seleccionada:
Hechos 8:9-24

LA LECCIÓN DE HOY ES el relato interesante de un hombre llamado Simón, que era un hechicero en la región de Samaria. Evidentemente, él había conseguido mucho éxito en esta práctica, ya que el relato dice que muchas

personas de la zona le estaban atentos, hasta diciendo que tenía el poder de Dios. (Hechos 8:9-11) Sin embargo, todo esto se cambió cuando Felipe, uno de los siete diáconos escogidos (véase la lección del 7 de octubre), comenzó a predicar a la gente de esta zona.

La predicación de Felipe era tan eficaz que “cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.” (vs. 12) Hasta Simón profesó que era creyente, y se bautizó. Él “estaba siempre con Felipe; y viendo las señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito.” (vs. 13) Sin embargo, dado el origen de Simón, así como los acontecimientos que siguieron, la motivación de Simón de “estar atónito” con respecto a los milagros y las señales que vio es muy cuestionable.

No obstante, el mensaje del evangelio seguía siendo bien recibido, tanto que las noticias de esto llegaron a los apóstoles en Jerusalén, así que enviaron a Pedro y a Juan para ayudar con la obra. Como apóstoles, ellos tenían la habilidad de imponer las manos y otorgar el Espíritu Santo. El relato explica que aunque éstos, inclusive Simón, hubieran sido bautizados “en nombre de Jesús,” aún no habían recibido el Espíritu Santo. (vs. 16) Esto nos señala una verdad importante que el mero bautismo externo en agua no necesariamente significa que Dios ha

aceptado a alguien en una relación de pacto con él. Tal aceptación sólo es demostrada por el engendramiento del Espíritu Santo.

Pedro y Juan pasaron a conferir el engendramiento del Espíritu Santo a aquellos cuyo bautismo y consagración habían dado evidencia de ser aceptados por Dios. Es patente del relato que Simón, aunque uno de los que se bautizaron, no recibió este engendramiento. En vez de preguntar a Pedro y a Juan por qué él no había recibido el Espíritu Santo, él incorrectamente se concentró en el poder que poseían. Nuestro Versículo Clave dice que Simón ofreció dinero a los apóstoles para conseguir el poder que tenían al respecto. Él dijo, “Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo.” —vs. 19

La respuesta de Pedro a Simón era rápida y al grano. La habilidad de dar el Espíritu Santo, o cualquiera de los otros poderes apostólicos, no podía comprarse con dinero. Además, alguien que tenía tal deseo no estaba en una condición apropiada de corazón. Él dijo a Simón, “No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizá te sea perdonado el pensamiento de tu corazón.” (vss. 21,22) No sólo a Simón no se le podía dar el poder de conferir el Espíritu Santo a otros, que es lo que deseaba, sino que también aún no estaba en una condición de corazón para recibir el engendramiento en sí—no tenía ninguna parte en este asunto, dijo Pedro. Por eso, cuán vital es prestar atención a las palabras: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.” —Prov. 4:23

Felipe y el Eunuco Etíope

Versículo Clave: “Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?”
—Hechos 8:36

Escritura Seleccionada:
Hechos 8:26-39

EN NUESTRA ÚLTIMA lección de este mes, una vez más vemos a Felipe siendo usado en el ministerio del Evangelio. El ángel de Jehová dirigió a Felipe ir a Gaza, una región en la parte sudoeste de

Israel, aproximadamente cincuenta millas de Jerusalén. A medida que viajaba, él se encontró con “un etíope, eunuco, funcionario de Candace reina de los etíopes, el cual estaba sobre todos sus tesoros, y había venido a Jerusalén para adorar.” —Hechos 8:27

Al encontrar a este eunuco etíope, Felipe notó que leía en voz alta al profeta Isaías, así que le preguntó, “¿Entiendes lo que lees?” (vs. 30) Él contestó, diciendo, “¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare? Y rogó a Felipe que subiese y se sentara con él.” (vs. 31) El hecho de que el eunuco había venido a Jerusalén para adorar, quizás en más de una ocasión, y también había obtenido una copia del libro de Isaías, indica que era un prosélito judío. Habiendo abrazado su fe, y sinceramente deseando aprender más, las promesas a Israel contenidas en las escrituras le llamaron la atención. Quizás él hubiera escuchado de Jesús, sus enseñanzas y las grandes obras que había realizado, y se había preguntado si había una conexión entre su ministerio y las palabras de los profetas de Israel.

El eunuco mostró a Felipe el lugar en el libro de Isaías donde leía. Era este: “Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca. En su humillación no se le hizo justicia; mas su generación, ¿quién la contará?

Porque fue quitada de la tierra su vida.” (vss. 32,33) El eunuco preguntó a Felipe de quién hablaba el profeta. El relato pasa a decir, “Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús.” (vs. 35) Podemos imaginar el entusiasmo de Felipe, dándose cuenta de que aquí había un individuo sin herencia israelita, que había aceptado la fe judía, y ahora comenzaba a ver las conexiones entre el ministerio de Jesús y las promesas de Dios a Israel.

Aunque el registro no proporcione los detalles, es evidente que las palabras de Felipe al eunuco eran más que suficientes para convencerle de que Jesús era el Mesías de Israel, y aquel por quien se cumplirían las promesas del Antiguo Testamento. A medida que seguían hablando, se acercaban al agua y, como declarado en nuestro Versículo Clave, el eunuco pidió bautismo. Felipe dijo, “Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.” (vs. 37) Basado en esta respuesta de fe en Jesús, Felipe de buena gana lo bautizó. El registro termina diciendo que Felipe fue separado entonces del eunuco, el cual “siguió gozoso su camino.” —vs. 39

De este relato vemos ejemplos en las acciones tanto de Felipe como del eunuco. Con el eunuco, vemos un hambre sincera para conocer la verdad de la Palabra de Dios. Es aquella hambre que todos los que desean saber más de los planes y los propósitos de Dios deben tener a fin de esperar que se les revelara su verdad. Con Felipe, vemos un ejemplo de buena disposición de explicar la verdad, y responder a las preguntas de alguien que buscaba respuestas.

“EL LLAMAMIENTO DE LA NUEVA CREACIÓN”

Parte V

Todos los que son *marcados* así con el Espíritu Santo como miembros en perspectiva de la Nueva Creación, el Señor lo afirma: “no son del mundo como no soy del mundo”. “Yo os elegí a vosotros [de en medio del mundo], y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca”. “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:16, 19; 17:16). Aunque, hasta cierto punto, el mundo pueda discernir estas *marcas* de santificación, no debemos esperar que ellas susciten su admiración o su aprobación, sino más bien que el mundo considerará estos testimonios del Espíritu Santo sobre las Nuevas Criaturas como pruebas de debilidades y de naturaleza afeminada. El mundo aprecia y aprueba lo que le parece ser una vida enérgica y bien llena — sin demasiado rectitud. Nuestro Señor nos explica por qué el mundo no aprueba a sus discípulos: es porque las tinieblas odian la luz, porque el nivel de los pensamientos, palabras y las acciones de su Sacerdocio Real es tan más elevado que el de los humanos en general, que parece condenar más o menos su modo de vivir. Le gusta al mundo más bien ser aprobado, halagado, y todo lo que, a cualquier grado, lo censura, lo evita si no se opone a eso. Esta desaprobación de los sabios mundanos de la cristiandad constituye un aspecto de la prueba de los miembros del Sacerdocio Real, y si su consagración no sea absolutamente sincera, no sólo les faltará la amistad del mundo y desearán hasta tal punto su aprobación que no lograrán cumplir en el espíritu conveniente el sacrificio de los intereses

terrestres que habían emprendido: no serán sacerdotes, ni, por consiguiente, miembros de la Nueva Creación. Sin embargo, debido a sus buenas intenciones, el Señor puede hacerlos pasar por pruebas ardientes por la *destrucción* de la carne que no hayan tenido el celo de ofrecer en *sacrificio*. Así, puedan ser considerados dignos de tener parte en las bendiciones y en las recompensas de la Gran Multitud que saldrá de la gran tribulación para servir delante del trono en el cual el Rebaño Pequeño se sentará con el Señor.

La santificación no consiste solamente de dos partes, a saber: la parte del hombre que se consagra totalmente y la parte de Dios que la acepta sin reserva, sino implica también un elemento de progresión. Si hace falta que nuestra consagración al Señor sea sincera y *completa* con el fin de que pueda ser aceptada por él, no obstante, se acompaña de una cantidad relativamente restringida de conocimiento y de experiencia. Debemos crecer, día tras día, en santificación así como en conocimiento. Al principio, nuestro corazón estaba lleno, rechazamos toda voluntad personal; pero la capacidad de nuestro corazón era pequeña. A medida que aumenta, la santificación debe andar de par, llenar todas las partes. Así, el Apóstol nos exhorta en ser “llenos del Espíritu” y también “que el amor de Dios sea difundido en sus corazones y abunde allí cada vez más”. El medio preparado para esta expansión del corazón, se expresa en la oración que hizo nuestro Redentor por nosotros: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”. —Juan 17:17.

Fue la Palabra, o mensaje de Dios, la “*sabiduría*” de Dios por Cristo, que comenzó a manifestar hacia nosotros el favor divino, y nos condujo paso a paso hasta el punto de la consagración; y ahora todavía es la misma Palabra, o mensaje de Dios por Cristo, que debe ampliar nuestro corazón tanto como llenarlo. Sin embargo, si

pertenece a Dios de proporcionar la verdad que debe llenarnos y santificarnos, pertenece a nosotros de manifestar esta condición consagrada de corazón en la cual tengamos hambre y sed de esta verdad santificante, que comamos cada día y por la cual nos hagamos así capaces de crecer en el Señor y en el poder de su fuerza. No basta que nos consagramos al Señor; él no desea meros candidatos en la Nueva Creación, sino es menester que éstos sean ejercidos, disciplinados y probados con el fin de poner en evidencia y de desarrollar diversos rasgos de carácter; además, cada rasgo debe estar sometido a una prueba completa de fidelidad a Dios, con el fin de demostrar que siendo puestas a prueba y probadas en todos puntos, estas Nuevas Criaturas sean encontradas fieles a aquél que las “llamó”, y así contadas dignas de entrar en las alegrías gloriosas de su Señor participando en la Primera Resurrección.

Lo mismo que la justificación¹ trajo una gran bendición de paz con Dios, así es el paso siguiente de una plena consagración al Señor de todos los intereses y todos los asuntos de la vida, todas las esperanzas y todas las ambiciones. Intercambiar esperanzas, ambiciones y bendiciones terrestres con las celestiales ofrecidas a la Nueva Creación, trae un alivio grande y muy satisfactorio, un gran descanso del corazón, a medida que nosotros discernimos y apropiamos para nosotros — hasta las promesas muy grandes y preciosas que Dios hizo para la Nueva Creación. Estas promesas se encuentran condensadas en ésta: “Todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rom. 8:28). Tal es la Segunda Bendición en el verdadero sentido de esta expresión, no obstante, no que sea acompañada de manifestaciones exteriores de la

¹ “Lo mismo que esta justificación a la amistad trajo la paz de Dios.”
— *Edit.*

carne, sino porque introduce en nuestro corazón un descanso profundo, una plena confianza en Dios, y que permite hacer nuestras las promesas extremadamente grandes y preciosas de las Escrituras.

A causa de las diferencias en temperamentos, habrá necesariamente diferencias de experiencias en relación con esta plena consagración. Para algunos, un abandono total al Señor y una comprensión que son el objeto de sus cuidados especiales como miembros de la futura Iglesia elegida les traerán simplemente una paz satisfactoria, un descanso del corazón, mientras que para otros de una naturaleza más exuberante, será una efervescencia de alegría, de alabanza y de regocijo. Debemos acordarnos de estas diferencias de temperamentos naturales, y simpatizar con aquellos cuyas experiencias difieren de las nuestras, recordando que unas diferencias análogas se manifestaron entre los doce apóstoles, que algunos — en particular Pedro, Santiago y Juan — eran más demostrativos que los otros en lo que concernía a todas sus experiencias, inclusive aquellas del Pentecostés. Que los hermanos que tienen una disposición exuberante y efervescente aprendan la moderación que el Apóstol recomendaba; en cambio, que los hermanos que, por naturaleza, son más bien demasiado fríos y demasiado impasibles, rueguen y busquen una apreciación más grande de las virtudes de aquél que nos llamó de las tinieblas a su luz maravillosa, y una libertad más grande para proclamarlas. Acordémonos que Santiago y Juan, dos de los apóstoles particularmente muy amados del Señor, llamados los “hijos del trueno” a causa de su celo y de su impetuosidad, necesitaron, en una ocasión por lo menos, ser regañados y censurados para recordarles de cuál espíritu fueron animados (Lucas 9:54, 55). El apóstol Pedro, otro discípulo muy amado y celoso, fue bendecido en cambio por su reconocimiento pronto del Mesías, pero por otra parte censurado como un

adversario, a causa de un celo inoportuno. Sin embargo, el Señor mostró distintamente cuánto apreciaba el temperamento hirviente y ardiente, estos tres discípulos que fueron sus compañeros íntimos, los únicos que él tomó con sí a la montaña de la Transfiguración, y en la habitación donde reposaba la chica de Jairo que el Maestro despertó del sueño de la muerte; fueron también sus compañeros particulares, un poco más cerca de él que fueron los otros en el jardín de Getsemaní. La lección que se saca de esto para nosotros, es que el celo agrada al Señor y que nos une a él, pero que debemos siempre reverenciar al Jefe y ser guiado por su palabra y por su Espíritu.

La santificación no significa perfección humana, como algunos la interpretaron mal; la santificación no cambia la cualidad o la condición de nuestro cerebro, y no quita de manera milagrosa las imperfecciones de nuestro cuerpo. Es una consagración o una devoción de la voluntad que el Señor acepta como perfecta por Cristo: es una consagración del cuerpo en sacrificio, “aun hasta la muerte”, y como lo hemos visto, este cuerpo no se hace realmente perfecto gracias a la justificación por la fe, sino es simplemente considerado como perfecto según nuestra voluntad, nuestro corazón, nuestra intención. Como lo recomienda el Apóstol, la nueva voluntad debería procurar traer toda facultad, todo talento, todas las condiciones favorables de su cuerpo en pleno acuerdo con el Señor, y ejercer una influencia en la misma dirección sobre todos los hombres con los cuales viene en contacto. Esto no quiere decir que en pocos años (cinco, diez, veinte, cincuenta) de la vida presente, la nueva voluntad será capaz de traer a la perfección su propio pobre cuerpo imperfecto (o los cuerpos imperfectos de los demás del cual es un espécimen). Al contrario, el Apóstol nos afirma, tocante a la Iglesia, que en la muerte el cuerpo “se siembra en corrupción, se

siembra en debilidad, se siembra en deshonor, se siembra en cuerpo natural [imperfecto]”, y que es sólo en la Resurrección donde recibiremos un nuevo cuerpo, vigoroso, perfecto, glorioso, inmortal, honorable, que habremos obtenido la perfección que buscamos, la que, según la promesa del Señor, será eventualmente la nuestra, si en el tiempo presente de debilidad y de imperfección, le manifestamos la lealtad de nuestro *corazón*.

Sin embargo, la lealtad de corazón hacia el Señor significará un esfuerzo continuo para someter toda la conducta de nuestra vida, aun más, los pensamientos, las mismas intenciones de nuestro corazón, a la voluntad divina (Heb. 4:12). Tal es nuestro primer deber, nuestro deber continuo, y será el fin de nuestro deber porque “la voluntad de Dios es vuestra santificación”. “Sed santos, porque yo [el Señor] soy santo” (1 Tes. 4:3; 1 Ped. 1:16). La santidad absoluta debe ser el ideal que nuestro *espíritu* puede adoptar y vivir alegre y plenamente, pero que nosotros nunca alcanzaremos realmente y físicamente siempre y cuando seamos sometidos a las debilidades de nuestra naturaleza caída y a los ataques del mundo y del Adversario. Sin embargo, a medida que “somos enseñados por Dios” día tras día y alcanzamos un conocimiento más grande de su carácter glorioso, cada vez más la apreciación de este carácter llena nuestro corazón, el nuevo entendimiento ganará cada vez más influencia, fuerza, poder sobre las debilidades de la carne, cualesquiera que puedan ser, y estas debilidades varían con los diferentes miembros del cuerpo.

La santificación verdadera del corazón con respecto al Señor significará la diligencia en su servicio; significará la proclamación de las buenas nuevas a otros; significará la edificación mutua en la santísima fe; significará que deberíamos hacer bien a todos los hombres cuando tengamos la oportunidad, en particular

con la familia de la fe; significará que de estas diversas maneras nuestra vida, consagrada al Señor, se entregará a favor de los hermanos (1 Juan 3:16), día tras día, ocasión después de ocasión como se presenten a nosotros; significará que nuestro amor por el Señor, por los hermanos, por nuestras familias y, por simpatía hacia la humanidad en general, llenará de manera creciente nuestro corazón, a medida que crezcamos en gracia, en conocimiento y en obediencia a la Palabra divina y al ejemplo divino. Sin embargo, todas estas aplicaciones de nuestra energía en interés de otros son simplemente muchos medios por los cuales, bajo la providencia del Señor, *puede cumplirse nuestra propia santificación*. Así como hierro con hierro se aguza [Prov. 27:17], así la energía que gastamos por otros nos trae bendiciones. Además, mientras que deberíamos cada vez más alcanzar esta condición noble de amor por nuestro prójimo como por nosotros mismos — y especialmente por la familia de la fe, no obstante, el móvil de todos estos esfuerzos debería ser nuestro amor supremo por nuestro Creador y Redentor, y nuestro deseo de ser y de hacer lo que le agrada. Hace falta por lo tanto que en primer lugar nuestra santificación sea para Dios, que afecta primero nuestro propio corazón y nuestra propia voluntad, y como el resultado de tal devoción a Dios, que encuentra a emplearse en interés de los hermanos y de todos los hombres.

SANTIFICADOS POR LA VERDAD

De lo que precede, es claro que la santificación que Dios desea — la que es esencial para obtener un lugar en la Nueva Creación será posible sólo para los que están en la escuela de Cristo y que son enseñados por él, “santificados por la verdad”. El error, no más que la

ignorancia, no santifica. Por otra parte, no debemos cometer el error de suponer que toda verdad tiende a la santificación: al contrario, aunque la verdad en general sea admirable para todos aquellos que aman y que odian el error en la misma proporción, es “*Tu verdad*” sola que santifica según la palabra de nuestro Señor. Vemos que todo el mundo temporal (“secular”) persigue ostensiblemente la verdad, entra en competición y en lucha para obtenerla. Los geólogos tienen una parte del campo, los astrónomos, los químicos, los físicos, los estadistas, etc., tienen otras partes, pero no encontramos que estas diversas ramas de la búsqueda por la verdad conduzcan a la santificación. Al contrario, encontramos que por regla general, ellas conduzcan a la dirección opuesta, de acuerdo con el Apóstol que declara que “el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Cor. 1:21). El hecho es que, en pocos años de la vida presente y en nuestra condición presente caída, imperfecta y corrompida, nuestra capacidad es totalmente insuficiente para tratar útilmente de comprender toda la verdad de todos los temas; es por eso que vemos que los que tienen éxito en el mundo son especialistas. El hombre que consagra su atención en la astronomía tendrá más que puede hacer para conservar su posición; él sólo dispondrá de poco tiempo para la geología o la química o la botánica o la medicina o para la más noble de todas las ciencias “*Tu verdad*” — del plan divino de las Edades. Es por esta razón que el Apóstol, él mismo un hombre instruido de su tiempo, aconseja a Timoteo huir del “conocimiento” [teorías y ciencias humanas] así falsamente llamado. El término ciencia significa la verdad; podemos estar seguros de que el Apóstol no quería discutir la sinceridad de los sabios de su tiempo, ni implicar que falsificaban intencionalmente la verdad, sino que — y la historia de la ciencia lo demuestra plenamente — sus palabras nos dan el pensamiento de

que aunque haya una verdad relacionada con todas estas ciencias, sin embargo, las teorías humanas llamadas ciencias no constituyen la verdad; no son absolutamente exactas. Son simplemente las mejores conjeturas que los sabios bien educados en estas ramas de estudios fueron capaces de presentar, y pasa de vez en cuando, como la historia lo demuestra claramente, que estas conjeturas se contradicen entre sí. Lo mismo que los sabios de hace cincuenta años rechazaron la ciencia de los tiempos anteriores, de igual modo las deducciones y los métodos de raciocinio de estos sabios son rechazados a su turno por los sabios de hoy.

El apóstol Pablo no fue solamente un hombre sabio, un hombre totalmente consagrado y un miembro del Sacerdocio real, mejor cualificado por sus dones naturales para seguir en las pisadas del gran Sumo sacerdote que muchos de sus compañeros, sino además, siendo uno de los “doce apóstoles escogidos del Cordero” para reemplazar a Judas, fue también el objeto de la guía divina (en particular con respecto a sus enseñanzas), designado por el Señor para instruir la familia de la fe a través de toda la Edad Evangélica. Las palabras de un ejemplo tan noble de fe no menos que el ejemplo de su consagración, deberían ser un gran peso para nosotros cuando estudiamos la carrera que emprendimos como consagrados y miembros aceptados del Sacerdocio real. Él nos exhorta a rechazar toda carga y toda traba del pecado, y a correr con paciencia la carrera que está delante de nosotros, fijando los ojos en Jesús, el jefe de nuestra fe, hasta que se haga el consumidor (Heb. 12:2). Como amonestación, él nos ofrece sus propias experiencias, diciendo: “Una cosa hago”. Encontré que mi plena consagración al Señor no permitirá la revalorización de mis talentos en todas las direcciones, ni aun para el estudio de cada verdad. La verdad de la revelación de Dios, que penetró en mi

corazón y que dirige cada vez más mis talentos ya santificados y consagrados, me mostró claramente que si quisiera ganar el gran premio, es menester que aportara a eso toda mi atención, lo mismo que los que buscan recompensas terrestres deben preocuparse de eso en consecuencia. “Una cosa hago” [olvidando las cosas que están detrás, olvidando mis primeras ambiciones como estudiante, mis primeras esperanzas como ciudadano romano y como hombre de una instrucción superior que la media; olvidando el atractivo de las diversas ciencias y los laureles que otorgan a los que corren por sus vías] y tendiendo con esfuerzo hacia las que están delante [manteniendo el ojo de mi fe, de mi esperanza, de mi amor y de mi afecto fijado en la oferta sublime de la herencia con mi Señor en la naturaleza divina y en la gran obra del Reino para la bendición del mundo], corro derecho al fin por el premio del llamamiento celestial”. —Fil. 3:13, 14.

EMOCIÓN NO ES SANTIFICACIÓN

Una gran confusión reina entre los cristianos concerniente a los testimonios o las pruebas de la aceptación concedidas por el Señor a los que, en la Edad presente, son sacrificadores fieles. Unos esperan sin razón una manifestación exterior tal como la que fue concedida a la Iglesia al principio de la bendición del Pentecostés.² Otros esperan sentir interiormente sensaciones de alegría, esperando, que, si ella no se realiza, provoca la decepción y la duda por toda la vida en cuanto a su aceptación por el Señor. Sus esperanzas se basan, en gran parte, en los testimonios de los hermanos que tuvieron la experiencia de tal exuberancia. Es

² Véase Vol. V, Cap. IX (en inglés).

importante por lo tanto que todos sepan que, en ninguna parte, las Escrituras nos autoricen tales esperanzas: todos nosotros “somos llamados a una sola esperanza de nuestra vocación”, y a todos los que acepten las condiciones del llamamiento pertenecen las mismas promesas del perdón de los pecados pasados, de la sonrisa alentadora del Padre, de su favor que nos ayuda a correr y a obtener el premio que él nos ofrece: la gracia suficiente en el momento de la necesidad. No obstante, los miembros del pueblo del Señor difieren ampliamente en su manera de recibir cualquier promesa o todas las promesas, sean materiales o espirituales, si vienen del hombre o vienen de Dios. Algunos son más vivos y emotivos que otros, y por consiguiente más demostrativos, tanto por sus gestos como por sus palabras describiendo las mismas experiencias. Además, el comportamiento del Señor con respecto a sus hijos varía evidentemente en cierta medida. Para que sepamos, el gran Jefe de la Iglesia, nuestro Señor Jesús, quien, a la edad de treinta años, hizo una consagración entera de su todo hasta la muerte para hacer la voluntad del Padre, fue ungido con el Espíritu Santo sin moderación, no tuvo ninguna experiencia de un carácter exuberante. Sin embargo, sin duda, él tenía la certeza de que su conducta era buena, que el Padre la aprobaba, y que recibiría su bendición cualesquiera que sean las experiencias que tendría. Sin embargo, en lugar de ser transportado sobre la cima de la alegría, nuestro Señor fue conducido por el Espíritu en el desierto, y las primeras experiencias que tuvo como Nueva Criatura, engendrada del Espíritu, fueron las de una tentación extrema. Fue permitido al Adversario asaltarle y procurar disuadirlo de hacer la voluntad del Padre sugiriéndole otros planes y otras experiencias para cumplir la obra que había venido para hacer, planes que no le obligaba a morir en sacrificio. Creemos que es así para algunos de los discípulos del

Señor en el momento de su consagración, y durante cierto tiempo después de su consagración. Son asaltados por dudas y temores, sugerencias del Adversario que discute la sabiduría divina o el amor divino respecto a la necesidad para nosotros de sacrificar las cosas terrestres. No juzguemos en absoluto unos a otros en tales temas, sino que si alguien puede regocijarse en un transporte de sentimientos, que todos los demás que se consagraron como él se regocijen con él en su experiencia. Si otro, después de haberse consagrado, se encuentra en la prueba y es cruelmente asaltado, que los demás simpatizen con él y que se regocijen también discerniendo cuán semejante es su experiencia a la de nuestro líder.

John y Charles Wesley, que fueron unos hombres amados de Dios, eran sin duda alguna de los consagrados. Sin embargo, si sus concepciones tocantes a los resultados de la consagración hicieron bien a algunos, les hicieron en cierta medida de mal a otros creando una expectación no bíblica que todos no podían experimentar; a estos últimos, causó un perjuicio desanimándolos. Fue un gran error de su parte de suponer y de enseñar que la consagración al Señor significaba en todos los casos el mismo grado de demostración exuberante. Los que nacieron de padres cristianos, educados en el ambiente santificante de un hogar cristiano, instruidos en cuanto a todos los asuntos de la vida, de acuerdo con la fe de sus padres y de la instrucción de la Palabra de Dios y que, en estas circunstancias, siempre procuraron entender y hacer la voluntad de Dios, no deben esperar cuando alcancen la edad de juicio y se consagren personalmente al Señor, a sentir la misma alegría desbordante que pudiera experimentar el que, hasta entonces, hubiera sido un pródigo, un extranjero y un desconocido por las cosas santas.

La conversión de este último significaría un cambio radical y un viraje hacia Dios de todas las corrientes y las fuerzas de la vida que, anteriormente, se alejaban de él hacia el pecado y el egoísmo. En cuanto a los anteriores, cuyos sentimientos, reverencia y devoción, desde su infancia más tierna, fueron orientados hacia el Señor y su justicia por sus padres piadosos, ellos no podrían sentir tal cambio, tal revolución en sus sentimientos y no deberían esperar nada semejante. Tales personas deberían discernir que, siendo hijos de padres creyentes, ellas estuvieron bajo el favor divino hasta el momento de su responsabilidad personal, y que su aceptación personal en este momento significaba un pleno reconocimiento de su sumisión pasada a Dios y una consagración entera de todos sus talentos, facultades e influencias por el Señor, por su verdad y por su pueblo. Ellas deberían darse cuenta de que su consagración es sólo su “servicio razonable”; deberían saber por la Palabra que habiéndole presentado así completamente a Dios su naturaleza humana ya justificada, ahora pueden apropiarse de un grado mucho más grande que antes las promesas más grandes y más preciosas de las Escrituras — las que pertenecen sólo a los consagrados y a sus hijos. Si, además, se les concede un conocimiento más grande del plan divino, o hasta del principio de este plan, deberían considerar esto como una prueba del favor divino para con ellas en cuanto al supremo llamamiento de esta Edad Evangélica, y regocijarse de eso.

La expresión del Apóstol: “Andamos por la fe y no por la vista” es aplicable a toda la Iglesia de esta Edad Evangélica. El deseo del Señor es que desarrollemos nuestra fe, que aprendemos a confiar en él hasta donde no podemos seguirlo. Para esto, él deja numerosas cosas en una oscuridad relativa en cuanto a la vista humana o en cuanto al juicio humano, a solo fin de que la fe pueda ser desarrollada de tal manera y a tal grado que sería

imposible si algunos signos o portentos fueran concedidos a nuestros sentidos terrestres. Los ojos de nuestro entendimiento deben estar abiertos hacia Dios por las promesas de Su Palabra, por el discernimiento y la comprensión de la verdad, con el fin de aportarnos la alegría de la fe en estas cosas que todavía no vemos y que no podemos reconocer de manera natural.

El Apóstol explica que aun esta abertura de los ojos de nuestro entendimiento es una cosa gradual. Él ora por aquellos que ya están en la Iglesia de Dios, los cuales él denomina “santos” o consagrados, con el fin de que los ojos de su entendimiento puedan estar abiertos, para que puedan con todos los santos (porque ningún otro puede comprender) captar cada vez más la longitud y la anchura, la altura y la profundidad del conocimiento y del amor de Dios. Este pensamiento, que las bendiciones espirituales de la Nueva Criatura que siguen su consagración, no son tangibles a sus sentidos terrestres, sino solamente a su fe, se ilustra en las figuras del Tabernáculo, por el velo exterior del primer “Santo” que esconde aun de los Levitas (tipos de los justificados) los objetos sagrados que contiene y que son unas figuras de las verdades más profundas. Éstas pueden ser conocidas, o apreciadas, sólo por los que entran en el Santo como miembros del Sacerdocio real.³

Es frecuente que la exuberancia sentimental que algunos sienten a causa de su temperamento, los abandone por la misma razón, pero la experiencia, la bendición y la alegría que pueden poseer perpetuamente si continúan quedando en el Señor, si continúan andando en sus pisadas, son las *alegrías de la fe* que las nubes y las aflicciones terrestres no pueden enturbiar; Dios quiere que estas alegrías nunca se oscurezcan en las preguntas

³ Véase *Sombras del Tabernáculo de los Sacrificios Mejores*, pp. 87-88.

espirituales, excepto tal vez momentáneamente como fue el caso de nuestro Señor cuando, en la cruz, exclamó — “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Tomando el lugar del Adán condenado, era necesario que nuestro Maestro probara todas las experiencias de Adán como pecador; aun si fuera sólo por un momento. ¿Y quién puede decir si momentos tan difíciles no se les permitirían a los más dignos de los discípulos del Cordero? Sin embargo, tales experiencias no se les permitirían por mucho tiempo, y el alma que confiara en el Señor en estos momentos sombríos, sería recompensada abundantemente por el ejercicio de su fe y de su confianza cuando la nube se hubiera desaparecido y el sol de la presencia del Señor brillara de nuevo.

El poeta sugiere una diferente causa por una oscuridad parcial en los versos siguientes:⁴

“No quieras esconder jamás
De mí la gloria de tu faz.”

Las nubes que se interponen entre los hijos de Dios plenamente consagrados y su Padre celestial y su Hermano mayor, nacen ordinariamente de la tierra. Ellos provienen del hecho de que nosotros permitimos que nuestras afecciones sean atraídas por cosas terrestres en lugar de establecerlas en las cosas de arriba, o bien que descuidamos nuestro voto de consagración, que nos descuidamos de desvivirnos y de dedicarnos en el servicio del Señor, de entregar nuestra vida a favor de los hermanos, o de hacer bien a todos los hombres como tenemos la oportunidad. En tales momentos, nuestros ojos siendo atraídos lejos del Señor y de su dirección, las nubes comienzan a amontonarse rápidamente, y en poco tiempo, la claridad del sol de la comunión, de la fe, de la

⁴ Himno 273 — *Trad.*

confianza y de la esperanza se oscurece sensiblemente. Es un período en que el alma está enferma y enturbiada. En su benevolencia, el Señor permite tales aflicciones pero no nos suprime de su favor. Si él nos esconde su cara, es solamente para permitirnos comprender mejor cuán solitaria y poco satisfactoria sería nuestra condición si no tuviéramos la luz del sol de su presencia que ilumina nuestra senda y hace que todas las cargas de la vida parezcan ligeras; así como el poeta lo expresó muy bien en estos versos:

“Alegre de contemplar su rostro,
Mi todo a Jesucristo es sometido,
Ningún placer, ningún lugar,
No puede desviar mi espíritu.
Bendecido por su amor duradero,
Un palacio sería sin valor,
La prisión, un sitio deseable
Si estoy allí con mi Salvador”.

“EL QUE SANA TODAS TUS DOLENCIAS”

“Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias; el que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila.”. —Sal. 103:2-5

Si el Señor permite que tales enfermedades, a las cuales acabamos de hacer alusión, sacudan a las Nuevas Criaturas, él está listo a curarlas tan pronto como estas Nuevas Criaturas vuelvan a la actitud de corazón conveniente. Hay que acercarse al trono de la gracia celeste tan pronto como se trata de tal enfermedad del alma (de tal debilitamiento de la Nueva Criatura), con el fin de que la vida espiritual, la vitalidad y la salud puedan regresar a la luz del favor divino. El Apóstol nos exhorta así: “Acerquémonos, pues, confiadamente al

trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” (Heb. 4:16). Todas las Nuevas Criaturas han tenido experiencias a este respecto; las que son bien ejercidas por ellas se fortifican cada vez más en el Señor y en el poder de su fuerza; así, hasta sus caídas y sus debilidades (su necesidad de pedir la ayuda y de apoyarse por la fe en el brazo del Señor) son para ellas unos medios de bendición espiritual por los cuales crecen como no pudieran hacerlo si fueran exentas de pruebas y de dificultades, si el Señor no les quitara el favor de su corazón cuando se hacen frías o sobrecargadas o negligentes respecto a sus privilegios espirituales. Cada vez que la Nueva Criatura siente la necesidad de buscar misericordia y socorro, se acuerda de nuevo de que la obra de reconciliación del Redentor es necesaria; ella se da cuenta de que el sacrificio de Cristo no sólo es suficiente para los pecados pasados (para el pecado de Adán y para nuestras propias faltas personales en el momento en que nosotros vinimos al Padre por el mérito del Hijo), sino que además, su justicia por su sacrificio único cumplido por todos, cubre todas nuestras faltas mentales, morales y físicas cometidas involuntariamente. Así que la Nueva Criatura recuerda sin cesar durante todo su progreso en el camino angosto que fue comprada por un precio, por la sangre preciosa de Cristo; sus experiencias, hasta sus fracasos, la atraen continuamente más cerca del Señor porque aprecia a la vez su obra pasada como Redentor y su obra actual como Ayudante y Libertador.

(La sexta parte del tercer capítulo del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de noviembre-diciembre de 2012)

Publicaciones El Alba disponibles en español

Solicite abajo estas publicaciones que le ayudará a encontrar un significado mas profundo en las páginas de su Biblia:

Esperanza para Um Mundo Lleno de Temor

En los tiempos actuales, la humanidad se pregunta acerca de su futuro. ¿Seré destruido? Este folleto de 32 páginas muestra como las Escrituras proveen la promesa de una verdadera esperanza de vida y paz para toda la humanidad.

Dios y la Razón

Este folleto de 106 páginas tiene por objetivo ayudar a los que se esfuerzan en darse cuenta del significado de la presente angustia en el mundo y su resultado final. Hoy en día hay muchas personas sosteniendo que, para nosotros, la única salvación es regresar a Dios y la Biblia. “Dios y la Razón” indica lo que esto significa y destaca las promesas divinas que afirman que está acercándose el tiempo cuando Dios implantará en la tierra orden y paz, y que la salud y la vida eterna eliminarán las enfermedades y la muerte.

Por qué Dios Permite el Mal?

Este folleto explica por qué Dios permite el mal en la tierra, e indica también el remedio provisto por el Todopoderoso, por medio de Cristo Jesús, para salvar la humanidad de su triste condición, llevándola a un nuevo mundo u orden de cosas, aquí en la Tierra, en la cual será posible obtener armonía con Dios y alcanzar vida eterna en una tierra perfecta, disfrutando de salud y regocijo eternos.

El Plan Divino de las Edades

Todos los planes humanos han fallado, sin embargo ¡Dios tiene un Plan! Este libro, basado en la Biblia, enfatiza de que manera Dios se propone a cumplir su Plan Divino para la humanidad. Escrito por Charles T. Russell, “El Plan Divino de las Edades”, enriquecerá su fe y su conocimiento acerca de los propósitos de Dios en sus 360 páginas.

El Reino Milenario de Cristo

Lea acerca del glorioso plan de Dios de restaurar la tierra y a todos sus habitantes a la belleza y a la perfección como en el principio en el folleto de 45 páginas: “El Reino Milenario de Cristo”

ASOCIACIÓN DE LOS ESTUDIANTES DE LA BIBLIA EL ALBA

199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073, USA

Las Escrituras Claramente Nos Enseñan:

QUE LA IGLESIA ES “EL TEMPLO DEL DIOS VIVIENTE”—particularmente “hechura suya”; que su construcción ha estado en progreso a través del Evangelio—desde que Cristo se convirtió en el Redentor del mundo y la piedra angular de este templo, a través del cual, cuando terminado, las bendiciones de Dios vendrán a “todas las gentes,” ellos hallarán acceso a El.—1 Cor. 3:16,17; Efe. 2:20-22; Gén. 28:14; Gál.3:29

QUE MIENTRAS EL CINCELADO, MOLDEADO Y REFINAMIENTO de los consagrados creyentes en la redención de Cristo por nuestros pecados progresa, y cuando el último de estas “piedras vivientes,” “electos y preciados” esté listo, el Gran Maestro traerá a todos en la primera resurrección; y el templo se llenará con su gloria, y será el lugar de reunión entre Dios y los hombres a través de los mil años.—Apoc. 15:5-8

QUE EL FUNDAMENTO DE LA ESPERANZA DE LA iglesia y el mundo está en el hecho que “Jesucristo, por la gracia de Dios probó la muerte de cada persona,” un rescate para todos, y será “la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo,” “a su debido tiempo.”—Heb. 2:9; Juan 1:9; 1 Tim. 2:5,6

QUE LA ESPERANZA DE LA IGLESIA ES QUE ELLA SEA como su Señor, “verlo tal como Él es,” ser un “participante de la naturaleza divina,” y compartir en su gloria como sus coherederos.—1 Juan 3:2; Juan 17:24; Rom. 8:17; 2 Pedro 1:4

QUE LA PRESENTE MISIÓN DE LA IGLESIA es el perfeccionamiento de los santos para el futuro trabajo de servir; a desarrollar en ella misma cada gracia; a ser testigos de Dios al mundo; y a prepararse para ser reyes y sacerdotes en la próxima era.—Efe. 4:12; Mat. 24:14; Apoc. 1:6; 20:6

QUE LA ESPERANZA DEL MUNDO descansa en las bendiciones de conocimiento y oportunidades que para todos traerá el futuro reino de Cristo: la restitución de todo aquello perdido por Adán, beneficiando así a todos aquellos que lo deseen y sean obedientes bajo la autoridad de Cristo y Su Iglesia. Será entonces que los decididamente inicuos serán destruidos.—Hech. 3:19-23; Isa. 35